

A pesar de las apariencias, algo se mueve en Galicia

ANTÓN COSTAS

Aparentemente, los gallegos han votado como gallegos; es decir, parece como si no se supiese bien si suben o bajan; o mejor dicho, si se mueven hacia la izquierda o hacia la derecha. Aparentemente, porque bien mirado los resultados electorales dicen claramente que algo se mueve en Galicia. La sociedad gallega quiere experimentar innovaciones políticas muy similares a las que se han puesto en marcha en Cataluña. De hecho, el tripartito y Pasqual Maragall y Carod Rovira han estado muy presentes en todo el debate electoral. Pienso, como diré más adelante, que la experiencia catalana influirá en la combinación de políticas del nuevo Gobierno bipartito gallego.

Por lo dicho, mi opinión es que el cambio ya se ha producido en Galicia. Pero a los gallegos nos gusta dudar hasta el último momento, como ha demostrado el comportamiento del Celta en su reciente ascenso a primera, y nos hemos dado una prórroga. Pero esta prórroga que falta por jugar en el partido electoral gallego —es decir, la contabilización de los votos de los emigrantes— no alterará, según mis pronósticos, el resultado conocido. El disputado escaño de Pontevedra no se inclinará hacia Manuel Fraga. El Partido Popular necesita un número de votos que le permita recuperar los 8.000 que le separan de ese escaño en Pontevedra. Eso significa, según los propios cálculos de Fraga en la noche electoral, hacerse con el 70% de los votos de los emigrantes que votan en Pontevedra.

A mi juicio, eso no es posible. La razón es que, contra lo que a veces se piensa, el voto del emigrante es un voto muy racional, poco ideológico o costumbrista. Al emigran-

te lo que le interesa es que le garanticen el disfrute de aquellos derechos o privilegios de los que dispondría si viviese en España. En concreto, el derecho a la pensión y el derecho a la sanidad pública. Y eso el que se lo garantiza es el Gobierno del Estado. Si esta hipótesis es válida, el voto de la emigración gallega en estas elecciones tenderá a alinearse con el color del Gobierno que ahora hay en Madrid, de la misma forma que en las anteriores se decantó por el Partido Popular, y más atrás por los gobiernos socialistas de Felipe González.

Por cierto, aunque no sea el momento de ponerlo a discusión, creo que el papel del voto emigrante en las elecciones regionales merece una reconsideración. Sin duda, la magnitud del peso del voto emigrante en Galicia constituye una peculiaridad gallega con visos de anomalía. ¿Qué sentido democrático tiene que personas que viven fuera desde hace más de medio siglo y que en muchos casos no han nacido ya en Galicia, como son los hijos y nietos, decidan quién ha de gobernar los asuntos cotidianos de la gente que vive en Galicia? ¿Qué sentido funcional tiene que decidan qué carreteras se hacen, dónde se ponen las nuevas escuelas u hospitales, o qué actividades económicas se fomentan con los fondos públicos? Me parece justo que los emigrantes tengan derecho a voto en las elecciones generales para el Parlamento español, pero no veo ni justo ni eficiente que decidan quién ha de gobernar los asuntos cotidianos de la comunidad concreta de origen. Francia, con un problema similar pero de muchísima menos trascendencia electoral, ha creado una circunscripción electoral para franceses que residen fuera, que

de esa manera tienen voz y representación en el Parlamento nacional, pero no en las regionales. En todo caso, éste es un tema que sólo podrá ser abordado cuando el voto emigrante haya perjudicado por igual a unos y otros.

En todo caso, el mapa de los resultados electorales del domingo es una buena radiografía política de la sociedad gallega y de las transformaciones económicas, sociales y demográficas que están teniendo lugar en su seno. Recoge e identifica claramente las dos Galicias existentes: la urbano-marítima, formada por el eje que va desde Ferrol hasta

El voto del emigrante es un voto muy racional, poco ideológico o costumbrista

Vigo, pasando por A Coruña y Pontevedra, que tiene un fuerte dinamismo económico y demográfico, y por otro lado, la Galicia interior, centrada en las provincias de Ourense y Lugo, con escaso dinamismo económico y un fuerte retroceso demográfico y envejecimiento poblacional. La primera ha hecho mayoritariamente una opción a la izquierda y al nacionalismo, mientras que la segunda, con motivos para no querer arriesgar, ha votado de forma clara por los conservadores.

Pero más allá de este comportamiento electoral moderno, hay dos resultados importantes que marcarán las políticas del nuevo Gobierno. El primero es que en todos los ámbitos territoriales, ya sean urbanos, semiurbanos o rurales, el voto se ha movido hacia el cambio de alternativa política, en

particular hacia el Partido Socialista Galego de Touriño. Lo hace, eso sí, de forma minimalista y a veces casi imperceptible, pero eso es también coherente con la propia naturaleza del gallego, que practica el minifundismo hasta en sus comportamientos electorales y por eso es poco propicio a los cambios acompañados de mucho ruido y a las derrotas dulces; se trataba de sustituir a don Manuel, pero sin sangre ni afrentas inútiles. El segundo hecho que destacar es la caída, también en las cuatro provincias, del voto de los nacionalistas. Mi impresión es que estos dos hechos, unidos a la experiencia del tripartito, marcarán las políticas del nuevo Gobierno bipartito gallego, en el sentido de que pondrán el acento y las prioridades más en los problemas reales y en la recuperación del atraso económico de Galicia que en reivindicaciones identitarias.

Mi conclusión, de acuerdo con mi hipótesis sobre el comportamiento racional de los emigrantes, es que, a pesar de las apariencias, el cambio ha llegado ya a Galicia y que la prórroga que durará hasta el lunes 27 no alterará el resultado. Ahora bien, haciendo de gallego, siempre es posible que sea todo lo contrario. En ese caso recordaré lo que en una ocasión me dijo Ernest Lluch cuando en el proceso de elaboración de mi tesis doctoral le fui a plantear mis dudas sobre si no estaría defendiendo una tesis errónea. "Chaval", me dijo, "sigue adelante, no sabes lo famoso que te puedes hacer siendo conocido como aquel que defendió una tesis errónea". El lunes lo sabremos.

Antón Costas es catedrático de Política Económica de la Universidad de Barcelona.

Cuando Aznar López se liberó del apoyo de las derechas catalana y vasca, hizo de la mayoría absoluta conseguida por el nacionalismo español un caballo de Troya franquista en la fortaleza democrática. La base teórica la aportó la Fundación Cánovas del Castillo, aquel político conservador que inspiró el largo periodo llamado Restauración: un régimen autoritario que culminó en la dictadura del general Primo de Rivera, padre del fundador de la fascista Falange Española y preludio del poder absoluto del general Franco. Cánovas había profetizado que, en democracia, el comunismo amenazaría a las clases dominantes y éstas recurrirían a un dictador militar para preservar sus privilegios. Si la Restauración antidemocrática, que acabó militarmente con el intento progresista, republicano y federal, disfrazó el poder oligárquico y caciquil de la derecha sobre la masa popular empobrecida e iletrada con el manto mentiroso de un sufragio universal falseado, el franquismo aparentó ser un Estado de Derecho (su artífice propagandístico fue Manuel Fraga) una vez concluida la feroz represión sangrienta tras la guerra exterminadora de los demócratas republicanos. El fascismo falangista fue substituido por los herederos del viejo conservadurismo, vinculados estrechamente a una Iglesia integrista que había bendecido como santa cruzada la Guerra Civil. Los tecnócratas del Opus Dei acabaron de dar una imagen europea y desarrollista, aunque autoritaria, al agonizante tardofranquismo.

La restauración aznarista tiene hoy su base teórica en la Fundación para Análisis y Estudios Sociales (FAES). Convencido de la perpetua presencia del PP en el poder, Aznar, que nunca aceptó como gobernante responsabilidad alguna, pensó retirarse a tiempo de no quemarse y seguir gobernando a través de un Acebes de paja o

La pertinaz sequía democrática

J. A. GONZÁLEZ CASANOVA

de un Rajoy más presentable por gallego zumbón. Su puente de mando sería la FAES. Pero, condenado a la oposición por su desesperada tozudez en seguir mintiendo, de su FAES han surgido (vídeos rencorosos y embusteros aparte) consignas desestabilizadoras contra la voluntad de las urnas: broncas, boicoteos y vetos parlamentarios; campañas mediáticas con apoyo episcopal; manifestaciones pancarteras no a favor de nada, sino contra las políticas democrati-

zantes del PSOE (devolución de archivos expropiados por Franco a la Generalitat, la paz en el País Vasco, la igualdad civil de las personas homosexuales, la España plurinacional y federante). Miles y miles de seguidores se identifican con esa actitud utilizando los derechos democráticos de expresión y manifestación para combatir la democracia. ¿No es tal conducta la alegada para ilegalizar Batasuna?

Se ha destacado la semejanza entre la actual estrategia aznarista,

en alianza con la bochornosa presencia de los obispos más fundamentalistas en la calle, y la que la derecha reaccionaria practicó desde el comienzo contra la II República, culminada por el golpe militar de 1936. Aun en momento histórico bien distinto, la actitud es la misma. Sigue viva una España carpetovetónica, un "macizo de la raza", como dijera un noble falangista converso, Dionisio Rídruejo, y una pertinaz sequía democrática, que incluso puede se-

car dentro de una semana la fértil lluvia gallega del cambio gracias al caciquismo fragoso, movilizador de la Galicia más pobre, como lo ha sido siempre desde el siglo XIX. El episcopado, sobre todo, ha superado todos sus récords históricos de impudicia religiosa y política frente a unos católicos que suelen votar las políticas democratizadoras por mera coherencia con su fe. La jerarquía eclesíástica ha dividido y enfrentado a su presunta grey, ha inducido a los ciudadanos a desobedecer las leyes en nombre de unos valores inhumanos falsamente naturales y divinos.

El panorama de la actual sequía democrática no puede ser, por tanto, más desolador. El pertinaz acoso del "faescismo" (¿no serán sus siglas una oculta e infantil contracción de Falange Española?) nos retrotrae a épocas prehistóricas para la mentalidad de la mayoría del país: una mayoría por desgracia muy ajustada, como se ha visto en las elecciones gallegas. Y es que 25 años de democracia no han podido o sabido integrar esa España de secano democrático y en grave riesgo de una desertización que equivale a una deserción política. ¿Podrá lograrlo la Cataluña catalanista de izquierdas, que en eso sí es un oasis, extendiendo su sombra y sus aguas ejemplarizantes a toda España y a través del eje dialogante y optimista que forman los dos presidentes, Zapatero y Maragall? Para que esto no ocurra, la derecha seudonacionalista catalana está siguiendo, de forma más moderada pero igual de obstruccionista y malévol, la misma estrategia desestabilizadora que la española. Ambas pretenden apartar de la gubernación a quienes se esfuerzan cada día por borrar la peor historia fratricida de nuestra piel de toro.

J. A. González Casanova es profesor de Derecho Constitucional de la UB.

EL ROTO

EL COMUNICADO

